

LA MUJER, PROBLEMA DEL HOMBRE¹

II

Este problema, que intento abordar, es en España, por ahora a lo menos, de difícil solución. Resuelto, sin embargo, en sus líneas generales, en su exterioridad, no resuelto en el fondo, espíritu y esencia de la cuestión.

Por resuelto lo dimos también nosotros, al crear la palabra “amor libre”. Pero, ¿quién, hasta ahora, ha puesto en práctica el verdadero amor libre? El que hasta ahora hemos conocido sólo se diferencia en prescindir de la consagración religiosa y legal. Pero, aparte esto, continúa siendo la unión subordinada de una mujer a un hombre, unión más penosa, más coaccionadora de la libertad femenina, porque, al prescindir del beneplácito social, la deja, en la debilidad de su desorientación y del equívoco moral en que ambas morales la colocan, más a merced del varón. Es decir, el esfuerzo hecho al libertarse, casi siempre por amor, muy pocas veces por íntima convicción, del lazo matrimonial, la ofrece temerosa e indefensa al capricho masculino ante la animosidad familiar y social.

Sé de algunas pobres mujeres que, de estar casadas en vez de estar unidas, hubieran ya abandonado al *marido*—marido, amo y señor y nada más—que las engañó con el espejuelo de una palabra hoy aun ilusoria. Y no se separan por el que dirán, por el orgullo doloroso de no dar motivos al enemigo para cantar victoria. Y no hablemos de ese otro amor libre que consiste en catar mujeres, abandonándolas al cabo de dos meses con la insolencia triunfante del seductor. No hablemos tampoco, fuerza es decirlo, de ese otro amor libre, practicado por no pocas mujeres, que en nada se diferencia de la prostitución.

Tema delicado y difícil es éste. Tema que requiere largos debates, y, desde luego, el paso progresivo de la vida y el combate continuo para lograr la consolidación de la personalidad femenina y la *humanización, naturalización* de los dos sexos.

El problema sexual sólo preocupa a los seres humanos. Bien es cierto que sólo entre ellos disfrutan de los beneficios de una *moral* sinuosa, múltiple y variable. La moral de los demás animales, simple y única, les exime de toda preocupación, les deja libres e independientes dentro del marco de la Naturaleza. Nosotros, seres superiores, vivimos encerrados dentro de los espesos muros de una serie de frases huecas, de vacíos conceptos, que han ido emitiendo cuantos, para su conveniencia propia, necesitaban echar

¹ *La Revista Blanca. Sociología, Ciencia y Arte.* Barcelona, Año IV, 2ª época, 1 de febrero de 1927, Número 89, pp. 527-530.

un candado más en la cadena que nos ata. ¿Cómo desligarnos de esa serie de encadenamientos, cómo huir de esa superposición de ataúdes morales que nos mantienen en el fondo de un enorme sepulcro?

¿Será preciso volver al *dadá* inicial, aplicar a la vida humana el caprichoso juego de palabras de un pasatiempo literario?

El problema, para los superficiales, los domesticados y los simples, no existe. Para los primeros, la vida humana y la palabra amor carecen de transcendencia. Para los segundos, animales domésticos, están perfectamente regulados dentro de las paredes de su gallinero, bajo la mirada benévola del juez, el cura y la opinión del mundo que ambos representan. Para los terceros, viven en una seminconsciencia que les permite desenvolver su vida, es decir: nacer, existir, procrear y morir, mecánicamente.

El problema sólo se plantea para los inquietos y los inadaptados, para los que *viven*, en una palabra. Para los que, en otro mundo, ante otra moral, *ante ninguna moral*, poetizarían, impulsarían y crearían la vida maravillosa, diversa y múltiple del sentimiento, la sensibilidad y el intelecto, la vida intensa y completa de la insaciable sed y el hambre infinito.

No obstante, me doy cuenta de que, abandonando la idea central que me hace escribir estos artículos, me enfrasco en una serie de consideraciones que desvían la atención del lector del tema propuesto.

La mujer, indiscutiblemente, es hoy un problema para el hombre. Un problema múltiple y diverso, en cualquiera de sus fases y en todas sus manifestaciones vitales. No hablemos ahora del distinto problema que es el hombre para la mujer.

Algunas veces, conversaciones oídas y mujeres observadas, me sugirieron un pensamiento singular: Admiré profundamente que, un mundo donde la mayoría de las mujeres son tan estúpidas, hubiera dejado, relativamente, por lo menos, un considerable lastre de estupidez en el correr de los siglos.

La mujer, por causas fácilmente explicables, de las que el imperativo sexual es de las principales, es, inconscientemente, el eje del mundo. Su influencia sobre el hombre, desde la infancia hasta la edad madura, resulta considerable. Todos hemos visto hombres formales, muy dueños de sí, inteligentes y capaces, perder los estribos ante la sonrisa insinuante de una mujer coqueta. Todos sabemos que, en el fondo de la historia de todos los pueblos, la mano femenina ha detentado unas extrañas e invisibles riendas. Y esto, siendo esclava; y esto, mantenida en la ignorancia, bestia de placer o máquina incubadora

de hijos. Y, como es natural, esclava, ha esclavizado; embrutecida, ha embrutecido; debilitada por las leyes y morales, sólo ha pensado en debilitar a su tirano, que, mientras con una mano la encadenaba, con la otra cedía a todos sus caprichos y habilidades de gata mimosa.

En países como España, en donde la mayoría de las mujeres son semianalfabetas, en donde muchas lo desconocen todo, criadas para el hogar, siervas del cura, sacerdotisas del dios “qué dirán” y de la diosa “costumbre”, cerradas a toda innovación, sin más horizontes que el matrimonio y la procreación de unos hijos para los que ninguna preparación reciben, a los que nada podrán enseñar, de los que únicamente pueden ser la *madre*, adorada con un poco de piedad de sentimiento protector; pero, a pesar de todo, y por encima de todo, dominando y desequilibrando al hombre con una sonrisa, con una mirada de coqueta o de virgen maliciosa e hipócrita, en España, repito, admiremos el progreso habido y sorprendámonos de no oír aún, por la noche, el paso lúgubre de la Hermandad del Santo Oficio y de que no veamos aún apedrear a las mujeres adúlteras.

Porque ningún hombre es tan terrible y riguroso en esa materia como una mujer. A este respecto me acude a la memoria que, con motivo de un adulterio famoso en Madrid—no recuerdo exactamente los nombres; sé sólo que ella se llamaba María de Lourdes, que el esposo los sorprendió infraganti, y que el cobarde amante la abandonó a las balas del marido—fueron las mujeres las más iracundas, las que con más furor celebraron la muerte de la pobre amadora y la absolución del esposo asesino. Hace ya años de esto. Recuerdo que yo era una adolescente, que aún no había tenido motivos para que me preocuparan estas cuestiones y que aún no había pensado en juzgar y observar. Sin embargo, me exasperaba oír los juicios de las mujeres que hablaban del hecho, que tuvo mucho eco, por la condición social de los protagonistas del suceso. Me desesperaba no comprendiendo su saña contra la infeliz muerta, cuyo único delito había sido amar, y me desesperaba más, oyendo dar la razón al marido, al macho dominador, que mató a la mujer porque era *su propiedad*. Recuerdo también la indignación que entre un corro de coléricas y pudibundas mujeres produjeron unas palabras mías, que juzgaron insolentes e impropias de mi edad. No hice más que repetir una frase de Jesús: “El que esté limpio de pecado, que tire la primera piedra.”

¿Pero cómo hablar, cómo convencer a una mujer encerrada dentro de sí misma, llevando en ella el atavismo de mil generaciones, naciendo con el cerebro convertido en disco emisor de la serie de conceptos que, en el correr del tiempo, en él fueron

estampados? ¿Cómo luchar contra el espíritu invisible de millones de seres, contra ese algo impalpable e indefinible que llaman el medio ambiente?

Yo admiro sinceramente al hombre que logra, a vuelta de razonamientos, poco a poco, a fuerza de una propaganda difícil y extraordinaria, hacer de una muchacha española su compañera. Lo admiraría más, si fuese capaz de ser digno de su obra, si lo supiera continuar. Admiro al que logra serlo y continuarla. Pero, en estas conversaciones laicas, el amor es casi siempre el autor único. Bendigámoslo, si la conversión ha sido algo más que un espejismo de los sentidos, si no ha sido sólo una lucha un poco tonta entre dos astucias y dos deseos.

El trabajo que hay que hacer, trabajo abandonado, del que se preocuparon y se preocupan muy poco cuantos planean la sociedad futura y cuantos discuten los problemas post-revolucionarios, es mayor y más difícil de lo que a simple vista parece. Yo sonrío leyendo las elucubraciones de los teóricos, los profundos pensamientos de los filósofos, las trascendentes conclusiones de los pensadores, y pienso que todo aquello: teorías, pensamientos y conclusiones, estadísticas y planos, sistemas filosóficos y enunciados sociales, puede borrarlos, destruirlos, convertirlos en frases y meras utopías, una mirada femenina.

Y junto a esos planes, a esas estadísticas, a esas consideraciones y organizaciones de sociedades, veo yo una casa y una mujer y unos hijos. Una mujer ignorante, obtusa, cerrada al progreso; una mujer que rezará mientras el hombre se bata; una mujer que transmitirá a los hijos todos sus prejuicios y supersticiones, su debilidad milenaria de ser desconocedor de la Naturaleza y de la Vida; su miedosa mentalidad de salvaje, para el que el relámpago es un rayo de la cólera de Dios y el trueno su voz tonante. Una mujer para la que no existirán grandes causas; que no sentirá los ardores y los entusiasmos ideales de su *partenaire* en la comedia de la vida. Una mujer que no se preocupará de la sociedad futura, para la que el porvenir se reduce al inmediato mañana en que habrá de ir a la compra y hacer la colada. Una mujer que será, sin embargo, la que moldeará los hijos del hombre, la que, Dios supremo, los hará a su imagen y semejanza.

¿Servirán de algo los planeamientos de sociedades futuras, las estadísticas y los cálculos, la misma sangre generosa que por ello se derrame, ante esa fuerza muerta poderosa, ante esa potencia negativa, ante ese terrible e incalculable factor de retroceso, cadena que nos liga al ayer, que nos enlaza al pasado oscuro, que nos transmite la mentalidad del salvaje y el temor pueril de una eterna infancia?

No, no servirán de nada. Al lado del teórico, del pensador, del filósofo, del revolucionario, para los que la palabra *mujer* desaparece unida a la abstracción *hombre o ser humano*, es preciso, es imprescindible, que vaya un sembrador singular y sutil, un maestro en una ciencia nueva, un ser quizá inencontrable y semidivino que recree y rehaga, que refunda, que despierte, que llame al corazón distante y al cerebro cerrado.

En mí estas palabras sorprenderán un poco. Nadie ha defendido más a la mujer; nadie siente con más intensidad la solidaridad y el orgullo del sexo; nadie cree más que yo en la personalidad femenina, que ha de ser cada día, que es ya cada día, más firme, recta y clara. Pero yo me doy cuenta del estado moral de mi sexo, de la gran labor, difícil y extraordinaria, que tenemos, por delante. Difícil y extraordinaria, porque es precisa una creación personal e íntima, una autodidaxia, una autovivificación femenina. No creo en Pigmaliones creadores de mujeres ideales, en Andreidas frías y mecánicas, despojadas del atribulo sublime de la pasión y sus locuras sobrehumanas. Por esto he dicho que es preciso un sembrador singular y sutil, un maestro en una ciencia nueva, un ser quizá, inencontrable y semidivino...

La tarea es ardua y la labor lenta. Y debemos empezar por convencer de la necesidad de ella. Yo ya estoy convencida. Convencida, porque sé la influencia de mi sexo, decisiva, fundamental y absoluta. Sé, y lo repetiré hasta la saciedad, que todo esfuerzo se estrellará, impotente e inútil, si no se ha resuelto antes el problema transcendental, definitivo, que son la mujer para el hombre y el hombre y la mujer para la Vida toda.

Estos artículos, que continuaré, quizá no guarden la necesaria correlación. Los escribo al correr de la pluma, sin plan determinado y exponiendo los pensamientos que he ido acumulando, mediante una observación continua y directa. Quizá un día, enriqueciéndolos con nuevas observaciones, con un nuevo caudal de experiencia y de mayores consideraciones, los refunda y los una, ampliándolos en longitud y esencia.

Federica MONTSENY